

eso dejan de usarlos. Otros, por el contrario, á la vez que conceden que en los lugares se adquiere gran copia de argumentos, y que las pruebas sólidas y las razonables amplificaciones que se hallan en Demóstenes y Cicerón se pueden reducir á los lugares comunes, niegan que esa misma abundancia sea favorable, y observan que las pruebas sacadas de esos lugares son muy vagas y nunca deshacen el nudo de la dificultad.

Como se ve, mientras que unos defienden la utilidad de los tópicos, otros no ven en ellos más que ridículas frivolidades: la verdad, sin embargo, se encuentra entre ambos extremos. No es posible desdeñar un procedimiento que es considerado útil por los mejores oradores, así como sería insensato creer que puede remplazar al estudio y á la meditación del asunto. Bueno será, pues, que el predicador tenga presente estos lugares comunes para que sirvan de auxiliares á su memoria y la ayuden á fijar la atención.

CAPÍTULO II

LUGARES PROPIOS DE LA ORATORIA SAGRADA

I

Idea y división de los lugares propios.

Con el nombre de lugares propios comprendemos las fuentes donde el teólogo, lo mismo que el orador, deben sacar los verdaderos argumentos. En un sentido más estricto entendemos la palabra de Dios escrita y tradicional, que constituye lo que se llama la regla de fe remota. Si es cierto, como no puede menos de serlo, que las cosas divinas sólo pueden proceder de un origen divino, como la luz sólo de la luz se deriva, dos solas serán las fuentes directas y naturales de la elocuencia: la *escritura* y la *tradición*. Pero no pudiendo estar ciertos de cuál sea la palabra de Dios escrita, ni cuál la tradicional divina, sin la autoridad infalible de la Iglesia, que constituye la regla próxima de nuestra fe, resulta de aquí que la primera fuente es el magisterio de la Iglesia y luego la escritura y la tradición y después todos aquellos medios por donde ésta ha venido hasta nosotros. Según esto, dividiremos los lugares propios de la elocuencia sagrada en *directos* y *menos directos*.

Lugares propios directos.

El magisterio de la Iglesia.—Jesucristo Nuestro Señor dió íntegro el depósito de la fe á la Iglesia en sus Apóstoles bajo el primado de San Pedro y les mandó que instruyesen á todas las gentes. Aunque una gran parte de la doctrina que había sido anunciada primeramente sólo de viva voz, se consignó por escrito, sin embargo, no por eso cesó el magisterio de la Iglesia, antes bien, esta palabra escrita obtuvo y obtiene todo su valor de ese constante magisterio.

La Sagrada Escritura.—Entre los lugares propios de la oratoria sagrada, ocupa el primer lugar, después del anterior, la Sagrada Escritura. Nada más natural que el ministro de la palabra divina tome sus argumentos y la mayor parte de su discurso de la palabra de Dios escrita, mucho más si se tiene en cuenta que nada hay más á propósito que las sagradas letras para llenar en el discurso el triple objeto de instruir, deleitar y mover. Así lo practicaron los Padres de la Iglesia en aquellos dorados siglos, en que era igual delito renegar de la fe y entregar á sus perseguidores los sagrados libros; en que se leían de rodillas estas cartas, como elegantemente las llamaban, escritas por Dios á sus criaturas, y en que un mismo tabernáculo encerraba la Biblia y á Jesús sacramentado.

Para hacer buen uso de la Escritura en oratoria sagrada, es preciso tener á la vista las reglas siguientes:

1.^a Que se elijan los textos más propios al asunto que se va á tratar, prefiriendo siempre los que prueban y adornan y son abundantes en sentencias y afectos.

2.^a Que no basta intercalar en el discurso los textos

de la Escritura, sino que conviene alguna vez citar sus palabras en latín, por la fuerza y autoridad que le dan.

3.^a Que los textos han de ir seguidos de la traducción vulgar, pero sin variar el sentido; y no se han de aglomerar muchos, sino tratar con acierto los que se aduzcan.

4.^a Que el *sentido literal* del texto se ha de exponer en primer lugar, y aunque rara vez se emplea el *místico*, cuando se haga uso de él será apoyándole en la autoridad de la misma Escritura y SS. Padres. El *sentido acomodaticio* se emplea con más frecuencia que el místico, pero es preciso no abusar de él.

La exposición de un lugar de la Escritura con copia de doctrina, puede hacerse de varios modos: 1.^o, presentando la interpretación de la Iglesia ó de los SS. Padres; 2.^o, exponiendo cada una de las palabras del texto; 3.^o, aduciendo sentencias ó narraciones semejantes, y cuidando de que convengan en alguna manera con el lugar que se trata de exponer; 4.^o, oponiendo á ciertos lugares sus contrarios; 5.^o, explanando los adjuntos de *lugar, tiempo, personas, etc.*, como lo hizo San Bernardo en el sermón tercero de pasión con el texto: *Angelis suis Deus mandavit de te*; 6.^o, dudando de la sentencia, como vemos en la homilía de San Basilio sobre el mártir Gordiano con el texto: *Dum laudatur justus lotabuntur populi*; 7.^o, exponiendo la razón ó el por qué del pasaje aducido, lo cual puede hacerse con otras de la misma Escritura; 8.^o, amplificando el texto á manera de *chria* libre (1).

Los SS. Padres.—Se da este nombre á todos aquellos

(1) *Chria* es una breve conmemoración de un hecho ó dicho útil y digno de mencionarse. Es de tres clases: *verbal, activa y mixta*, y cualquiera de ellas contiene ocho partes: *alabanza, paráfrasis, causa, contrariedad, semejanza, ejemplo, testimonio y epílogo*. Se da el nombre de *Chria* libre á la que prescinde de algunos de estos capítulos y sólo emplea los necesarios.

varones que por su antigüedad, santidad y extraordinaria ciencia, venera la Iglesia como á tales.

Después de la Sagrada Escritura, el orador debe consultar los escritos de los SS. Padres, porque en ellos se encuentra: 1.º, abundante y excelente doctrina; 2.º, elocuencia verdadera, y 3.º, testimonios muy propios para explanar y amplificar cuanto se pretenda enseñar.

No basta al orador leer los libros donde se hallan coleccionados pasajes escogidos de los SS. Padres; es preciso que estudie mucho sus obras para que el movimiento impetuoso del discurso brote de aquellas hermosas fuentes. Sin embargo, no necesita conocer todos los escritos de los SS. Padres; será suficiente que le sean familiares San Juan Crisóstomo, San Basilio y San Gregorio Nazianceno entre los griegos, y San Agustín, San Cipriano y Tertuliano entre los latinos. También convendrá al orador tomar de los SS. Padres los argumentos, la moción de afectos y las imágenes, y explicar la doctrina de tan ilustres maestros, de un modo parecido al de la Sagrada Escritura, ora presentando las mismas palabras, ora repitiendo las razones en que apoyan los argumentos; ya reuniéndolas en un punto, ya amplificándolas. Guárdese, no obstante, el orador de citar lo que los SS. Padres no dijeron ó lo que no hubieran dicho si hubieran vivido en nuestros tiempos, ni presente, finalmente, sus palabras para refutarlas, sino que debe interpretarlas benignamente.

III

Lugares menos directos.

La Sagrada Teología.—En los lugares propios de que acabamos de hablar se encuentra el depósito de nuestra fe, y por lo tanto las verdades de que ha de ocuparse el orador, pero no tan perfectamente expresadas en térmi-

nos concretos, que sea suficiente consultarlos para encontrar la verdad. De aquí la necesidad del estudio de la teología en su triple manifestación de *dogmática, moral y mística*, de donde el orador podrá sacar, según la oportunidad de las circunstancias, las pruebas más convenientes á la ilustración de su discurso y á la enseñanza de los fieles.

El espíritu de la Iglesia.—Damos aquí el nombre de espíritu de la Iglesia al que está como encerrado en las varias preces que ésta suele elevar á Dios en las diferentes solemnidades del año, y que están contenidas en la sagrada liturgia, en donde encontrará el orador abundantes pruebas para demostrar las más útiles y santas verdades, ya acerca de la moral, ya sobre los divinos misterios.

La historia eclesiástica.—Es la que con una continuada serie de hechos, pone delante de los ojos el origen de la Iglesia, su propagación milagrosa por toda la tierra, sus triunfos y sus combates. Es indudable que las pruebas sacadas de la historia eclesiástica son muy propias para instruir, agradar y mover. Y cuando una consecuencia se presenta bajo la forma histórica, tiene algo de atractivo que conduce ordinariamente á la persuasión.

Arqueología cristiana.—El testimonio que se saca de las inscripciones antiguas, de la escultura, de la pintura, etc., lleva en sí mismo una gran fuerza de persuasión, de tal suerte, que muchos á quien no persuaden ni los escritos de los SS. Padres, ni los decretos de los Concilios, ni otros argumentos de esta clase, son vencidos por estos antiquísimos documentos. Podemos, pues, nosotros decir de ellos, lo que Cicerón de los primeros monumentos romanos: que suelen ir acompañados de autoridad para probar y de gracia para ser oídos (1).

(1) *Contra Verres.*

La filosofía.— Las pruebas que se sacan de la filosofía cristiana tienen fuerza para convencer, porque se apoyan en la razón, y esto, aunque se trate de verdades reveladas; porque la fe, lo mismo que la razón, reconocen un mismo origen y son como dos rayos de una misma luz, y como dos ríos de una misma fuente, que mutuamente se auxilian. La razón natural, dice San Francisco de Sales, es un buen árbol que Dios ha plantado en nosotros; sus frutos tienen que ser buenos.

A la revelación pertenece poner los fundamentos del discurso sagrado, á la razón filosófica exponer los principios que demuestran la verdad, y deduciendo sus consecuencias, aplicarlas, á fin de que sean las obras conformes á las creencias, destruir las objeciones y hacerse cargo de los sofismas de las pasiones para desvanecerlos. Los más brillantes oradores, desde San Juan Crisóstomo y San Agustín hasta nuestros días, todos han hecho frecuente uso de los argumentos filosóficos. Conviene, sin embargo, no fijarse en los motivos puramente humanos: *Nostra institutio de porticu Salomonis est*; sino que es preciso, además, robustecer con la autoridad de la revelación lo que la razón enseña; sancionar con la palabra del Evangelio y de la Iglesia las leyes que aquélla dicta.

También podrá hacerse uso en oratoria sagrada de algunas otras ciencias y artes, siempre que la ocasión lo exija, pero ha de ser con sobriedad y prudencia.

CAPÍTULO III

DE LA ARGUMENTACIÓN

I

Idea de la argumentación.

Halladas las pruebas, es menester darlas una forma que realce su fuerza, ó cuando se trata de destruir los argumentos del adversario, que haga descubrir el vicio de que adolecen. El conjunto de procedimientos para conseguir este fin ha recibido el nombre de argumentación, la cual podemos definir así: *Una explicación del argumento.*

De dos maneras es la argumentación: dialéctica y oratoria; la primera presenta los argumentos en forma silogística; la segunda sin quitarlos fuerza los expone con la extensión y atractivo propios de la elocuencia. Nadie ha explicado mejor que San Agustín en qué convienen y en qué se diferencian el dialéctico y el orador. «El que bien razona, dice, si se explica con extensión y elegancia, lo hace elocuentemente, y entonces más bien es retórico que dialéctico; pero si se expresa con precisión y dureza, mejor que retórico se llama dialéctico.» La dialéctica es concisa en sus formas, la elocuencia amplia en su expresión, según el tan sabido simul de Zenón (1). La dialéctica, en fin, es al discurso

(1) Zenón compara la dialéctica á la mano cerrada, y la elocuencia ú oratoria á la mano abierta.

lo que al cuerpo humano son los nervios y los huesos; la elocuencia es como la piel y la carne que los reviste y la sangre que los anima. Esta comparación, común entre los maestros del arte, es tan propia como expresiva; un discurso sin dialéctica carecería de fuerza, y sin adorno oratorio no tendría animación.

II

Forma dialéctica de la argumentación.

El lógico y el orador van en pos de la verdad y entrambos se esfuerzan en alcanzarla, pasando de lo que se conoce á lo desconocido; y así como el que quiere examinar las cosas encerradas en lugares oscuros coge una luz y las ilumina con ella, del mismo modo el entendimiento se apodera de la claridad que arrojan las pocas ó muchas verdades que conoce, y aproximándola á las desconocidas, las esclarece y las comprende. Quiero, v. gr., saber si Jesucristo vino al mundo para salvarme. Supongamos que no conocemos esta verdad que ha de ser el objeto de un discurso: ¿qué haremos? Escoger una que nos sea conocida, ya por ser en sí misma clara, ya por haber sido legítimamente deducida de otras, y confrontar con ésta la que ignoramos, á fin de iluminarla con la luz que despide la primera. La verdad conocida podrá ser esta: *Jesucristo vino al mundo por salvar á los pecadores*; aproxímese á ésta aquella en que está la dificultad, diciendo: *es así que yo soy pecador; luego Jesucristo vino para salvarme*. Tal es el procedimiento lógico.

De lo dicho se desprende que toda argumentación tiene dos partes, una clara y otra oscura, la cual se ilumina con la primera, y esas dos partes, que pueden expresarse con más ó menos extensión y con diversas

clases de proposiciones, dan lugar á la variedad de fórmulas, á que llaman los lógicos especies de argumentación, todas las cuales pueden reducirse á dos: al *silogismo*, á que se refieren el *entimema*, el *epiquerema*, *dilema* y *sorites*; y la *inducción*, que abraza el *ejemplo*. De éste se trató al hablar de los *lugares extrínsecos oratorios*.

El silogismo consta de tres proposiciones, dispuestas de tal modo que, concedidas las dos primeras, es forzoso conceder la tercera. La primera se llama *mayor*, la segunda se llama *menor* y la tercera *conclusión*. Las dos primeras reciben el nombre de *premisas*. Ejemplo: *Jesucristo vino á salvar á los pecadores; yo soy pecador, luego, etc.*

Entimema.—Es un silogismo abreviado en que se omite una de las premisas por demasiado clara. Ejemplo: *Jesucristo vino á salvar á los pecadores, luego vino á salvarme*.

Epiquerema.—Es un silogismo completo y además razonado, en que se añade una explicación ó una prueba á alguna de las premisas ó á las dos; de aquí el llamarse *probanza*. Ejemplo: *Jesucristo dijo que venia á salvar á todos los hombres; es así que Jesucristo no pudo mentir, porque es Dios; luego, etc.*

Dilema.—Es una argumentación fundada en una proposición disyuntiva que acosa por los dos extremos. Ejemplo: *O la misericordia de Jesucristo es infinita ó no; si es infinita, vino á salvar á todos los hombres; si no es infinita no es Dios, lo que es absurdo; luego, etc.*

Sorites.—Este argumento se compone de más de tres proposiciones encadenadas, de manera que el atributo de la primera sea el sujeto de la segunda, y así hasta la conclusión, en que se enlaza el sujeto de la primera con el atributo de la última. Ejemplo: *Jesucristo vino á salvar el mundo; la salvación del mundo es la salvación de los pecadores; el número de los pecadores me comprende á mí; luego Jesucristo vino, etc.*

Inducción.— Es un modo de argüir con el cual por medio de los particulares se infiere lo universal. Empleando esta forma, se prueban por la semejanza de cosas que son ciertas otras que se ponen en duda. Ejemplo: *Si Jesucristo vino á salvar á la Magdalena y á San Pablo siendo tan grandes pecadores; luego no debo dudar que también vino á salvarme á mí.*

En la inducción se han de observar dos cosas: primera, que lo que se induce por semejanza no pueda negarse; segunda, que aquello para cuya confirmación se hace la inducción, sea semejante á los antecedentes (1).

III

Forma oratoria de la argumentación.

El orador puede emplear por armas todas las formas dialécticas referidas en el artículo anterior, pero de la manera que ya hemos indicado y que aún veremos prácticamente recorriéndolas una por una.

El silogismo que nos ha servido de ejemplo, expuesto en la forma propia de la oratoria sagrada, podría formularse de este modo:

(Mayor.) *Dios quiere la salvación de los pecadores;*

(1) A las formas que dejamos explicadas, quieren algunos que se añada la *coleccion*, que es una especie de argumentación que consta de cinco partes, esto es, de *proposición*, la cual dice en compendio todo lo que el orador pretende probar; de *razón*, que es el motivo por el que se demuestra la verdad de la proposición; de *confirmación*, que es un nuevo motivo que vigoriza la razón; de *amplificación*, que consiste en alguna imagen ó razón que robustece y dilata la confirmación, y de *conclusión*, que es un breve resumen de todo lo sentado en las proposiciones anteriores. Con esta argumentación se suele hacer una oración entera y especialmente un buen proemio.

para esto vino al mundo, y no perdonó sacrificio; su misericordia es infinita, su amor no tiene límites.

(Menor.) *¿Hablará esto con nosotros? ¿Podrá extenderse tanta generosidad á pecadores tan ruines como nosotros? Señor, ¿habéis reparado en mi miseria? Apartaos de mí que soy el mayor de los pecadores.*

(Conclusión.) *Herid con estos clamores el corazón amantísimo de Jesús, pero creed firmemente que vino á este mundo por salvarnos. Vuestros pecados eran sin número, pero Jesucristo vino á salvar á los pecadores; tenéis el título que excita su compasión.*

Así el entimema: *Confiad mis queridos hermanos; esperad en la misericordia divina; poned en las manos de Dios el negocio de vuestra salvación, y esperad en él; el Señor vino á este mundo por salvar á los pecadores.*

Así el epiquerema: *Jesucristo vino á este mundo por salvar á los pecadores. ¿Lo dudáis? Ved esas conversiones tan admirables de tantos pecadores; esas vidas tan perfectas, esas obras tan santas, que el mundo no había conocido hasta que el divino Redentor santificó con su planta la tierra corrompida. Pruebas son de su santo advenimiento, que renovó todas las cosas y regeneró vuestras almas.*

Así el dilema: *Desengañaos, mis amados, y convertios al Señor. Venid á la fe y la fe os salvará. Si Jesucristo vino al mundo por salvarnos, ¿qué suerte tan dichosa la del que se convierte al Señor! ¿Tendréis alguna duda sobre su misericordiosa venida? Decidme, os ruego; ¿pues quién dió tan admirable constancia á millones de mártires para confesar á Jesucristo en los tormentos? Quién sostiene á todos los creyentes? Estos hechos comunes obligan á confesar la verdad católica, así como la negación de esta verdad obligaría á dejar sin explicación hechos tan positivos y frecuentes; sólo la confesión de la verdad nos libra de caer en el absurdo.*

Así el sorites: *El nombre de Jesucristo significa Sal-*

vador. Pues si Jesucristo vino á salvar, á sanar y redimir, es claro que sanaría y redimiría todo lo que estaba enfermo. Enfermas estaban las naciones, y Dios hizo que fuesen sanables. Pero esta obra de la gracia no fué semejante á las obras del hombre, no. Jesucristo, Redentor del género humano, aplicó individualmente los remedios suficientes para sanar las almas del pecado y salvarlas para siempre.

Así la inducción: *Pues si Saulo, perseguidor de Jesús fué derribado en tierra y David adúltero se convirtió, y María Egipciaca se apartó de sus disoluciones, ¿cómo los pecadores han de desesperar de su salvación?*

Tal vez habrá quien extrañe ver expuestas con tanta minuciosidad las formas de la argumentación y aun acaso quien las tenga por impropias de un tratado de elocuencia. No responderemos á esta extrañeza: lo hará por nosotros un ilustre filósofo (1). «Es muy fácil, dice en un discurso oratorio, envolver algún error en frases ambiguas y altisonantes, y deslumbrando al entendimiento con palabras sonoras y rasgos poéticos, propinar al hombre de estudios superficiales y que ignora las leyes rigurosas del raciocinio, la copa del error, cubierta como se halla con las flores de un estilo elegante y pomposo, pero no sucederá lo mismo con el hombre versado en sus leyes y que haya manejado en las escuelas y después en sus estudios y lecturas el arma poderosa del silogismo... arma poderosa, de que tan ventajosamente se sirvieron los PP. de la Iglesia y teólogos escolásticos, para defender la doctrina revelada contra los ataques de la herejía.» Balmes sostuvo la misma doctrina en *El Criterio*. M. Rollin, nada prevenido en favor de los escolásticos, fué defensor del silogismo, y dijo de sus reglas, así como de las de la retórica:

(1) Fray Ceferino González: *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás* tomo I.

«no se puede negar que prestan á la elocuencia poderoso auxilio.»

Cuadro analítico del elemento lógico de la invención.

INVENCIÓN ORATORIA	Especies.	{	Por su objeto	Demostrativas.	
		{	Por su origen.....	Intrinsecas y extrínsecas.	
	Fuentes..	{	Lugares intrínsecos...	Lugares extrínsecos...	Perentorias, convincentes, probables ó verosímiles, hipotéticas, personales-especiosas, sofísticas.
					Definición, enumeración de partes, etimología, conjugados, género, especie, semejanza, desemejanza, contrarios, repugnantes, adjuntos, antecedentes, consiguientes, causas, efectos y comparación.
	Pruebas: sus.....	{	Lugares propios de la oratoria sagrada.	{	Los dichos morales, textos de los autores, ejemplos y confesiones del adversario.
					Direc- tos....
Pruebas: sus.....	{	Lugares propios de la oratoria sagrada.	{	Menos direc- tos...	{ Teología, espíritu de la Iglesia, historia eclesiástica, arqueología cristiana, filosofía, etc.

Pruebas: {	Formas.. {	Dialéctica... {	El silogismo, entime- ma, epiquerena, di- lema, etc.
		Oratoria.... {	Todas las dialécti- cas, pero ocultas ba- jo las galas del len- guaje y el movi- miento de la elo- cuencia.

SECCION SEGUNDA

ELEMENTO POLÍTICO DE LA INVENCION

I

Necesidad de agradar.

Después de haber expuesto en la sección anterior la necesidad y los medios de instruir *ut veritas pateat*, como dice San Agustín, trataremos en ésta de la necesidad y medios de agradar *ut veritas placeat*.

No puede desconocerse la necesidad que el orador tiene de agradar, para que la verdad penetre en el entendimiento de aquellos á quienes se dirige: ésta ha sido la aspiración de todos los que desean persuadir, expresada por Horacio en estas palabras: *Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci, delectando pariterque monendo*.

La experiencia y el estudio del corazón humano demuestran que los más necesitan ser ganados por formas atentas y atraídos por el cebo del placer: *nemo flectitur, si moles te audit*, dice San Agustín (1). Para que los oyentes estén con atención, añade el mismo Santo, es necesario que oigan con gusto, *libenter*. El mismo Platón, á pesar de su prevención contra la retórica, encarga á Xenócrates que se sacrifique por las gracias y

(1) *De Doct. christ.*, lib. iv, 25.